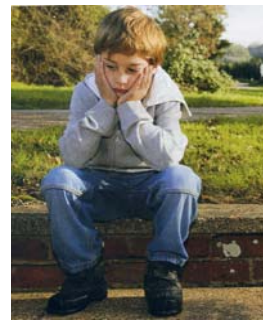


Cuestión de autoconfianza

Para conservar el amor de sus padres y siempre pendientes de su veredicto, algunos niños se vuelven excesivamente serviciales, incluso renunciando a lo que quieren. Por Isabel Menéndez



Raúl, de ocho años, pasó la tarde en una bolera, donde se celebraba el cumpleaños de un compañero de colegio. Cuando su madre fue a recogerle, estaba impaciente por irse a casa. Por lo visto, un niño se metió con él al principio de la fiesta y Raúl ya no quiso jugar en toda la tarde. Por lo general, actúa de este modo frente a las agresiones de los otros, ni siquiera responde cuando le quitan un juguete, por lo que tiene fama de ser “demasiado bueno”. A su madre le preocupa verlo tan desprotegido ante los demás. También le preocupa el miedo que tiene a equivocarse o a hacer el ridículo. Por no discutir, se inhibe o renuncia a lo que quiere.

Los padres de Raúl esperaban que este rasgo de carácter se le pasara al crecer. A los tres años, pensaban que era un niño dócil, pero ahora ni siquiera se atreve a protestar si un niño más pequeño le estropea o le quita algo.

Temor al juicio. De pequeño tenía miedo a las primeras separaciones. Más tarde, enfermaba cuando iba a la guardería o al colegio y, después, cada vez que llegaba septiembre y comenzaba un nuevo curso, su inquietud era exagerada. Los padres de Raúl son decididos, creen que motivan y apoyan a su hijo y les extraña la inseguridad que tiene hacia los demás.

¿De dónde proviene esta falta de confian-

za en sí mismo? En el periodo de latencia, que va desde los seis hasta los 12 años, el niño teme mucho el juicio que se pueda formular sobre él y, especialmente, no ser estimado por los demás. Los niños tan inseguros tienen la impresión de que no se les quiere, de ahí que prefieran inhibirse para no equivocarse.

Los niños inseguros tienen la impresión de que no se les quiere, de ahí que prefieran inhibirse para no equivocarse.

En algún momento, el padre o la madre pueden haberles dicho “no eres bueno, ya no te quiero” o “me has decepcionado, ya no tengo confianza en ti”, y ellos lo han tomado al pie de la letra. Aunque sus padres los estimulen a abrirse a los demás, estos pequeños temen perder su amor si los vuelven a decepcionar, por lo que no se arriesgan. Piensan que para ser feliz es mejor no meter la pata.

Sobreprotección. Las novedades les pueden hacer sentir miedo y el espíritu de iniciativa desaparece. Se convierten en niños inhibidos. En ocasiones, algún acontecimiento familiar, como la pérdida de un ser querido o de un animal al que estaban muy apegados, los desestabiliza y, entonces, se vuelven más dependientes. Para conservar el amor de sus padres se vuelven excesivamente amables, prudentes, muy serviciales y permanecen a la espera de su veredicto. Cuando los padres son muy activos, como los de Raúl, tienen más dificultades para entender por qué le

Evitar errores

→ **En lugar de decirle: “Eres malo o tonto por haber hecho esto”, es preferible decirle: “Lo que has hecho es una tontería” o “tu comportamiento no es bueno”. De este modo se condena el acto, no al niño.**

→ **No hay que burlarse de su timidez y menos todavía delante de otros.**

→ **No hay que obligar al pequeño a hacer algo delante de los amigos; basta con estimularle.**

→ **Si los padres temen que esa timidez enferme, deben observar su apetito, la calidad de su sueño...**

ocurre esto al niño. La explicación, en estos casos, hay que buscarla en los primeros años de la infancia. Hacia el octavo mes se producen las primeras angustias de separación de la madre. Si estás no se elaboran bien, el niño se sentirá inseguro respecto al amor y a la confianza de sus padres, de ahí esta probable inhibición.

Cuando los padres son sobreprotectores, se convierten en demasiado exigentes. En tales casos, el niño recibe el mensaje de que no confían en que él solo pueda hacer las cosas bien y comienza a dudar de sí mismo. No se siente seguro porque su amor está a prueba, sólo se siente apreciado cuando se ha portado “bien” o “tiene buenas notas”.

Las angustias de separación, que no elaboró adecuadamente cuando era bebé, le hacen temer por su confianza; no está seguro de ocupar un sitio central en los afectos de sus padres. La fantasía infantil promueve la idea inconsciente de que no puede hacer nada “malo” por miedo a ser abandonado. ■

¿Qué podemos hacer?

● **En las situaciones nuevas**, que intimidan al niño, conviene pronunciar frases tranquilizadoras y tomarle simbólicamente de la mano, para servirle de trampolín, pero sin hacer las cosas por él.

● **Si lo pasa mal en el colegio**, conviene hablar con el profesor. Un niño que sabe que su maestro es sensible a su problema no se bloquea en la clase.

● **Ciertos deportes** le permitirán avanzar y salir de su reserva, con la condición de que él los escoja y no respondan a los deseos de los padres.

● **Las artes plásticas** (dibujo, cerámica, etc.) también permiten expresar los miedos sin tener que recurrir a la palabra. Al contrario que el resto del trabajo escolar o las actividades deportivas, no preconizan el espíritu de competición.

● **Los niños necesitan una declaración de amor incondicional**, que no esté sujeta a chantaje afectivo del tipo “te quiero cuando eres bueno”. ¿Por qué no se le quiere siempre?